

29 de Octubre: Conmemoración del Día de los Caídos

Yo no puedo dejar de vincular el recuerdo de los camaradas de la Falange que nos precedieron y aventajaron en el sacrificio y tienen ya su reposo vigilante y eterno en una eterna guardia, al para mí, más desgarrador, más vivo, más lleno de vida, de los discursos de José Antonio. Tuve una vez la fortuna de oír uno de ellos en Madrid y me imagino lo que pudo ser aquel discurso del Teatro Cervantes de Málaga en que le salieron más vivas y audaces que nunca las palabras del Fundador. Y en el que también como nunca, se muestra hondamente delicado, pero con una delicadeza de camarada que se duele de los suyos y de Jefe que les distingue en su corazón. Sus frases son las más llenas de un fuego mesiánico, pese a ser pronunciadas en un ambiente de confidencia y de intimidad, de Falange de los primeros tiempos desabrochada y dura, en mangas de camisa y arremangados los brazos como nos hablaba, puesto necesitaba José Antonio para hacer destacar su elegancia espiritual de más aditamentos que su gesto noble y su palabra varonil. Son las que más concretamente se refieren al milagro que despertó una vena de heroísmo y de valor escondida, soterrada en nuestra juventud casi perdida en academicismos intrascendentes o peligrosamente desviada en aras de una revolución marxista que se nos hechaba, y se nos echó encima y solo pudo ser vencida, y al serlo salvaguardaba la personalidad y la unidad de la Patria, merced al sacrificio de nuestros mejores camaradas y entre ellos —primero en el ejemplo, primero en el sacrificio, y primero en la disciplina— de aquel José Antonio Primo de Rivera al que por carta tuteaba desde un lejano confín de España cualquiera que quizá ni siquiera adivinaba el empuje cesáreo de su vida y la fuerza milagrosa de su alma.

Me quema el alma imaginarlas y no haber oído aquellas palabras de José Antonio; dichas en el cálido ton de su voz; severo su rostro y firmes los ojos que a mí me parecían de un azul un poco verdooso, cuando recordaba a Matías Montero, como alguno de nosotros, pasado a esta nuestra Falange que se nos pega tan fuertemente a las entrañas que de ella ni en vida ni en muerte se puede salir. A Jesús Hernández, niño de quince años, que si mal no recuerdo tan ejemplar muerte tuvo en Sevilla, Manuel Carrión, legendaria figura entre nuestros muertos, hoy menos recordado quizá de lo que merece, gerente de un hotel en San Sebastián, y del que con tanta pasión hablan cuantos le conocieron y del cual consiguió José Antonio en este discurso de Málaga, que de memoria debíamos saber todos, que murió sin concederle la menor importancia a la vida, preocupado tan solo del triunfo del ideal por el cual derramaba su sangre. Y oíd palabras del Fundador.

Así los muertos y los vivos. Hoy tenemos en Sevilla—era el día 22 de julio de 1935—trece camaradas presos; y de ellos uno que cuando murió Manuel García, alegre haciendo cara al enemigo, le cogió en sus brazos para que las turbas no le mutilaran, y dando traspies, cayendo una vez y levantándose otra, pudo llegar a un lugar seguro y entonces, dándole un beso en la frente le dijo: ARRIBA ESPAÑA.

La presencia de los camaradas muertos

Sacar estos hombres de una generación viciada por las ideas aporpeizadas, torcida por el afrancesamiento de los sedientos genios literarios, limada de toda aspereza por sus educadores, era el milagro. Era un milagro que sólo José Antonio ha sido el capaz de realizar. Páginas de gloria de la Falange perseguida por los de uno y de otro lado. Allí estaba Julio Ruiz de Alda nimbado por su heroísmo, conocido en todo el mundo por la hazaña del Plus Ultra y que dándole todo buscaba solo el camino a esta muerte que le sorprendió con el gallardo gesto de descubrirse apartando a un camarada que por él quería sacrificar su vida—¿quién nos puede presentar dos iguales ejemplos de camaradería, lealtad y hombría?—y una serenidad que impresiona. Y Fernando Primo de Rivera que tuvo sobre sus hombros la pesada carga de nuestra organización cuando el triunfo marxista de 1936 aumentó la tensión y el peligro. Y Ledesma Ramos y Onésimo, y Camaradas innominados—adelantados para el riesgo, atrás siempre esperando recompensas—desde las escuadras de don Benito, por las que tanta admiración sintió Julio Ruiz de Alda, hasta las de Barcelona. Desde la magnífica Falange de Asturias que hizo la guerra ya en 1934—pasando por Madrid—hasta las de Azanalcollar—Irusta que está hoy entre nosotros lo puede contar—Sevilla y Cádiz. El milagro era que con heroísmo insuperable y con un número grande de muertos, Falange hacía la guerra desde su fundación. El milagro fué que a su conjuro, el grito desgarrador de su voz, la juventud española entera se volcó en las banderas y no había bastantes camisetas azules para cubrir los pechos unánimes—yo puedo hablar de Galicia y Asturias—de quienes la vestían y salían luego para los frentes de combate a realizar epopeyas. Y eran camaradas imberbes unos y otros que bien habían doblado la cuarentena. El que iba a su eterna guardia encontraba de día en día otros que empujaban para cubrir sus puestos. Como hoy se vuelcan en la División Azul. Como hoy pasa en los defensores de nuestra bandera roja y negra—roja de la sangre de nuestros Caídos, negra de su dolor—a las naciones extranjeras.

Y porque el recuerdo de los muertos vive presente en nuestras almas, el milagro sigue. Como el Cid fallecido, ganaba batallas, trae José Antonio hombres a su Falange. Y son muchachuelos que no le han visto, ni le han oído, ni han podido asistir a su entierro los que tienen el suelto por fin de hidalguillos de las escuadras de los primeros tiempos. El corazón se les ha subido a la cabeza a fuerza de amor a España. En muchos se adivina aquel amor legendario de la Falange antigua que hacía palidecer. Y es que los muertos mandan. Que la Falange ha logrado una mística, que como todas las fuerzas que del alma salen es indomeñable o incontenible. Que para quienes sienten estremecerse todavía su carne al contacto de los pliegues bastos de su camisa azul, son acicate de una vida digna, de la que podemos—y podremos siempre—blasonar. —ARRIBA ESPAÑA

JOSE M.º GARCIA RODRIGUEZ

31 OCTUBRE 1942

XVIII Día Universal del Ahorro

Año tras año, desde que en 1924 fué instituido por su Primer Congreso Internacional celebrado en Milán del 26 al 31 de octubre, las Instituciones mundiales de ahorro celebran el 31 del mismo mes el «Día Universal del Ahorro» dedicado a la exaltación del ahorro en todos sus aspectos y modalidades, poniendo de relieve las ventajas que del mismo se derivan para los pueblos en sus diversos aspectos, económico, social y de formación moral, y es a la vez, un claro y práctico exponente de los resultados alcanzados por el mismo, divulgando al efecto por medio del escrito, la palabra o la imagen las realidades conseguidas en orden a la obra social, benéfica y cultural por ellas sostenidas y su colaboración con los poderes públicos en obras de alto alcance social y económico.

En este año como en los anteriores desde aquella fecha, hombres de todas las latitudes y de todas las razas e idiomas, habrán levantado la voz en sus respectivos países para proclamar su fe en el ahorro y exaltar nuevamente sus altas idealidades, presentando sus resultados ante las ingentes masas que, al confiarles la custodia y administración de sus capitales—formados muchas veces a costa de sacrificios y privaciones—facilitan los fondos que permiten desarrollar tan benemérita gestión. Porque las Cajas de Ahorro son Instituciones sin fin lucrativo alguno que, según la exacta definición de don Eliseo Migoya, Director de la Caja de Ahorros de Bilbao y primer Presidente de la Confederación Española de Cajas de Ahorro Benéficas, «encucuran toda su actuación toda su norma de vida y orientación en estos dos conceptos: Administración prudente y Beneficencia pródiga».

Conviene insistir en el segundo de los citados aspectos porque él por sí sólo, contiene el pensamiento y la idea que son la razón de ser de estas Instituciones que han recogido en sus actuaciones aquel espíritu tradicionalmente benéfico que infundaron los P. P. Franciscanos, al iniciar en Italia los beneméritos Montes de Piedad, espíritu que hoy, por efecto de las transformaciones y evoluciones económicas de la humanidad a través

de los años, será más propio llamarle de carácter social.

Interesa además y de un modo especial, centrar la atención sobre el carácter y función de las Cajas de Ahorro Benéficas a fin de no caer en la inexplicable y vulgar confusión de equiparar la naturaleza de estas Instituciones a la de otras entidades que, con fines de comercio, desde luego perfectamente lícitos, tratan de atraer el ahorro para obtener un lucro o ganancia, fin por el cual fueron creadas. Contrariamente, las Cajas de Ahorro estimulan y encauzan hacia sí el ahorro, movidas por la idea del bien social que, en orden a las necesidades individuales, y colectivas, de él puede derivarse, y con ánimo de destinar las utilidades que les reportan las inversiones de los capitales a ellas confiados, a la creación y sostenimiento de otras obras de bien general. Es precisamente esta ausencia de ánimo de lucro, que sitúa las Cajas de Ahorro Benéficas dentro del grupo de entidades eminentemente sociales de nuestra época, ya que por ello alcanzan con su acción los más amplios sectores, coadyuvando y hasta sustituyendo en muchos casos la acción del Estado en esa gran labor que desarrollan.

Y si hasta aquí hemos examinado rápidamente la misión de las Cajas de Ahorro y su gestión altruista en el aspecto social, bueno será mencionar aunque sea someramente, las ventajas que de su función se derivan para los imponentes que acuden a ellas a depositar sus ahorros; «Arcas santas del ahorro popular» las llamó el señor De Capitani d'Arzago, primer presidente del «Instituto Internacional del Ahorro» y efectivamente es así, ya que recoger y administrar el ahorro—principalmente de las clases modestas—y educarlas en el mismo, les proporcionan el medio eficaz de cubrir y satisfacer necesidades futuras de orden puramente individual o familiar o de carácter biológico, creadoras de exigencias económicas tales como nacimientos, estudios, matrimonio, enfermedades, muerte, etc.

Por todo ello, en ocasión del «Día Universal del Ahorro» que se celebra en el mundo con el pensamiento fijo en las palabras que se inspiran en el ahorro hemos de reconocerlo, junto con el tra-

CRONICA INTERNACIONAL

La guerra en el norte de Africa

Las fuerzas imperiales británicas y las norteamericanas que luchan con ellas se han lanzado a la ofensiva en el frente egipcio. Esta vez por experiencia aleccionadora no ha sido dada a las tropas británicas ninguna orden del día citando a Waterloo.

Poco antes de comenzar la ofensiva, el general Montgomery reunió a los corresponsales anglosajones para anunciarles que dentro de muy pocos instantes empezaba una fase ofensiva en la política de guerra de las naciones unidas.

Es un principio de táctica militar atacar al enemigo en su punto más débil con los mejores efectivos disponibles.

bajo, el factor más general y seguro del bienestar, del progreso y de la dignidad de los individuos, pensamiento que, en España, ha sido tan sabiamente recogido por el Caudillo Franco en sus constantes exhortaciones a las Cajas de Ahorro para que extiendan su actuación a todos los confines de la Nación.

Desgraciadamente en la actualidad, está el mundo debatiéndose entre los azotes de una guerra la más horrenda en extensión e intensidad; las palabras que en ocasión del «Día del Ahorro» han sido pronunciadas, nuevamente quedarán casi ahogadas por el estallido de las explosiones, el chirriar de los carros de combate y el grito de dolor de las víctimas caídas; para cuando todo se pacifique y se serenen los espíritus, pensemos en la potencia económica que representan las Cajas de Ahorro Benéficas y en la eficacia que su aportación significará para la labor de reconstrucción de los valores materiales destruidos, en la postguerra gravísima que se avecina, haciendo nuestra, a la vez, la afirmación contenida en una alocución de antaño del «Instituto Internacional del Ahorro» al expresar su confianza «en la solidaridad entre los ahorradores de todo el mundo, los cuales ven en la paz entre los pueblos la única y eficaz tutela, no tan solo del propio y cansado peculio, sino de toda la riqueza material, intelectual y moral de la humanidad».

PEDRO MOGAS FUSSELLAS

El Estado Mayor británico habrá creído sin duda que el frente norte africano, por la solución de continuidad existente es el punto más asequible, esto es lo que falta ver.

Un millón de hombres, mil tanques y cuatro mil aviones cifran las agencias informativas los efectivos del general Alexander. Aún admitiendo la exageración que encierra dicha cifra, es evidente que el número de soldados anglosajones—mejor diríamos, al servicio de las potencias anglosajonas—es muy grande; lo mismo podemos decir en cuanto al material de guerra, aunque haciendo notar que los tanques, por ejemplo, pertenecen a tipos muy diversos, lo cual es un inconveniente no despreciable para sustituir las piezas de recambio.

La presión más fuerte se ejerce contra los dos extremos de las posiciones italo alemanas, en la zona marítima y en el borde de la depresión del Kattara con el evidente objeto de envolver todo el dispositivo de defensa. También intentaron desembarcar en Marsa Matruh, pero los barcos que tomaron parte en dicha acción, fueron dispersados.

Hace cuatro días que ha comenzado el ataque y el frente italoalemán se mantiene firme. La resistencia que oponen las tropas del eje hace honor al temple de los soldados que las integran y a la pericia de sus mandos. Rommel ha tenido más de tres meses para fortificar a conciencia el «cuello de botella», como se llama a la zona que limita el mar, la depresión del Kattara y los cien kilómetros mal contados del frente del Alamein. Hasta ahora los británicos han perdido más de doscientos cincuenta tanques, aparte de los que la aviación del Eje pudo haber destruido. Es aventurado hacer predicciones en cuanto al resultado de esta encarnizada batalla. Pero recordemos una anécdota que refiere uno de los corresponsales españoles en Berlín. Cuenta que preguntó una vez a un alemán que le parecía el curso de las operaciones en Africa. Contestóle: «No me preocupo; Rommel está allí». Y un pueblo como el alemán no pone a la ligera la confianza en sus jefes.